

TODOS LOS ÁNGELES
DEL INFIERNO

Miriam Mosquera

TODOS
LOS ÁNGELES
DEL INFIERNO

FAERIS

Diseño de cubierta: Mayhem Cover Creations

Miriam Mosquera, 2024. Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-508-4 (México)
ISBN: 978-84-19988-10-2 (España)

Primera edición, junio de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

Descubre aquí el reino de Faeris:



*A mamá, mi ángel.
Gracias por hacer que los jazmines
nunca me huelan a tristeza,
sino a amor.*

PRÓLOGO

Granada, diez años después de la Caída del Cielo

La Alhambra llevaba siglos reinando sobre Granada, pero cuando llegaron los demonios perdió todo su esplendor. Sus hermosas yeserías estaban ahora cubiertas de telarañas de oscuridad, y sus torres lloraban de pena por una gloria que ya solo pertenecía al pasado.

Su silencio, eterno y perturbador, estaba cargado de tanto dolor que ningún mortal era capaz de soportarlo. Por eso, porque había que estar muy loco para adentrarse entre sus muros, las leyendas contaban que era el mejor lugar para esconder un tesoro que obraba milagros; y tanto Félix como David sabían que encontrarlo podía salvar la vida de su amiga Frasquita. Así que decidieron intentarlo.

Las farolas de aceite eran las únicas luces que iluminaban las sucias calles de la ciudad, pues ni siquiera la luna y las estrellas ocupaban ya su lugar en el cielo. Desde que los ángeles habían perdido la guerra, no había un solo rincón en el mundo de los hijos de Adán en el que no hubiera hambre y miseria, ni uno solo en el que resplandeciera la luz. La taifa de Granada, donde el rey Luzbel había situado su Corte del Infierno, no era una excepción.

—Cuidado —susurró Félix, obligando a su hermano gemelo a esconderse entre las sombras de un callejón.

Una figura encorvada avanzaba en la noche, quejándose en voz baja. Los dos niños se quedaron quietos como estatuas. No podían llamar la atención. No podían arriesgarse a que los demonios los descubrieran.

—Los señores del Infierno son por todos conocidos... —cantaba la figura, que tenía voz de mujer, en un tono casi inaudible—. No repitas sus nombres si quieres seguir vivo...

Un trueno rompió el cielo y, de repente, el cielo descargó toda su rabia en forma de lluvia. David observó el lento caminar de la anciana mientras la tormenta comenzaba a empañarle la ropa.

—Es solo una loca —murmuró.

A pesar de que aquella mujer parecía una inofensiva anciana, Félix no se fiaba de la oscuridad.

—No sabemos si es *solo* una loca —le respondió a su gemelo en voz baja. Entornó los ojos con desconfianza y, después, se giró para mirarlo—. Esto no es un juego, ¿sabes? Hay que estar muy atento para poder distinguir lo que es real y lo que no. Te dije que te quedarás en casa.

David apretó los labios, convirtiéndolos en una línea muy fina, y le respondió:

—Yo también tengo diez años y soy tan valiente como tú. No iba a quedarme en casa sabiendo que existe una forma de ayudar a Frasquita.

Aunque Dancaire se cuidaba mucho de no decirlo delante de ellos, Félix y David le habían escuchado hablar con los otros adultos: «Con las gracias de los gemelos podremos entrar en la Alhambra. Solo tienen que aprender a controlarlas». No sabían por qué su mentor quería adentrarse en aquel lugar, pero sospechaban que tenía algo que ver con lo que contaban las leyendas. Y estaban a punto de averiguarlo.

—Vale —le dijo Félix, admirando y temiendo a partes iguales la determinación que veía en los ojos verdes de su hermano—. Pero no te confíes.

David quería mucho a Frasquita, quizá incluso más que él, y estaba seguro de que nada iba a detenerlo. Cada vez que la veía toser, luchando con todas sus fuerzas por una nueva bocanada de aire, su corazón se rompía en mil pedazos. El delicado cuerpo de su amiga no aguantaría mucho más aquella enfermedad, y solo un milagro podía hacer que volviera a brillar la vida en su mirada. Por eso, desesperados, habían corrido a buscar el tesoro de los cuentos. Por ella. Por salvarla.

—Vamos —susurró Félix, instando a su hermano a continuar cuando la anciana se marchó y ambos estuvieron seguros de que no había nadie en la calle.

A pesar de la tormenta, la ciudad parecía dormida, recogida entre los brazos de la noche. Sin embargo, los dos hermanos sabían que en el interior de todas y cada una de aquellas casas golpeadas por la guerra y la pobreza había alguien que sufría. Como su amiga Frasquita.

Avanzaron en silencio como dos gatos callejeros, y cuando la Alhambra se alzó ante ellos, los latidos de sus corazones se aceleraron de golpe. La luz de la luna no brillaba en el cielo, pero alrededor de la fortaleza flotaban docenas de bolas de fuego que parecían soles en miniatura y teñían sus muros de rojo. Como el dolor. Como los ojos de los siervos de Luzbel. Como los gritos de los asesinados en las plazas. En las paredes de sus torres crecían cientos de iünas, las flores negras del Infierno, y casi parecían arañar la roca, haciéndola sangrar sombras.

El palacio maldito era mucho más grande de lo que imaginaban los dos hermanos, más silencioso, e incluso de lejos hizo que sintieran un escalofrío. Si los descubrían allí, los matarían; pero no pensaban echarse atrás. Al contrario que a los adultos, los abusos de los demonios no les habían quitado aún ni la fe ni la esperanza.

Félix miró a David y, cuando este asintió con decisión, supo que había llegado el momento. Cerró los ojos un segundo y se obligó a tranquilizarse. Sabía que si estaba nervioso no lo conse-

guiría. Dancaire les repetía una y otra vez que aún no eran lo bastante fuertes, que todavía no podían controlar su poder, pero eso no les iba a impedir intentarlo.

El niño respiró hondo y dejó que su gracia le recorriera las entrañas. Unos intrincados tatuajes dorados comenzaron a acariciarle la piel, y enseguida notó el poder de los ángeles calentándole la sangre. Los dibujos aparecieron en sus brazos, en su pecho, en sus piernas; y, con cada uno de ellos, Félix se sintió más fuerte.

«Los niños nacieron justo cuando los ángeles desaparecieron para siempre», habían escuchado decir a Dancaire. «Ellos son su último milagro».

Cuando Félix volvió a abrir los ojos, David desapareció. No era la primera vez que lo veía hacerlo, aunque siempre le sorprendía ver como el cuerpo de su hermano, que hasta ese momento había sido una palpable réplica del suyo, se volatilizaba. Era así como habían hecho el viaje desde la taifa de Córdoba hasta la de Granada en una sola noche: transportándose y volviéndose invisibles cuando lo necesitaban, haciendo uso de sus gracias. Era así como habían planeado colarse en la Alhambra.

—Dame la mano —le dijo Félix al vacío. Alargó el brazo y, aunque a su lado no parecía haber nadie, los cálidos dedos de su hermano se entrelazaron con los suyos, compartiendo así su poder. Cuando su cuerpo se volvió traslúcido como el de su gemelo, no sintió nada—. ¿Estás preparado?

—Siempre —le respondió David.

Félix volvió a cerrar los ojos y, usando toda la energía que había en su interior, llevó su cuerpo y el de su hermano hasta el interior de la Alhambra. Estaba nervioso porque, aun invisibles, no estaba seguro de poder conseguirlo. Sin embargo, al poco sus pies tocaron de nuevo el suelo. El vértigo desapareció y ambos suspiraron aliviados.

—¿Oyes algo? —le preguntó a su gemelo en un susurro. No se atrevió a soltarle la mano porque, si lo hacía, volvería a ser corpóreo—. Parece que no hay... nadie.

—Nada —musitó David. Estaba tan nervioso que, sin pretenderlo, perdió el control de su poder y volvieron a hacerse visibles—. No oigo nada.

Félix soltó la mano de su hermano y desenvainó el cuchillo que escondía en el cinturón. Después, comenzó a atravesar las lujosas estancias del palacio. David lo imitó.

El interior del palacio maldito estaba desierto, vacío, abandonado. Solo la lluvia rompía el immaculado silencio, pues ni los soles de fuego que flotaban por los pasillos hacían ruido al arder. Las yeserías que decoraban las paredes, cuyas formas sinuosas les recordaban a sus tatuajes de oro, parecían susurrar a su paso, suplicándoles que tuvieran cuidado. «No deberíais estar aquí», les decían en silencio.

Más que aire, en aquel momento respiraban frío, el cual se colaba en sus pulmones y les mordía los huesos, haciéndoles tiritar. Ambos podían sentir a los fantasmas del pasado rozándoles la piel, llorando, instándolos a salir corriendo. Por un momento, Félix estuvo a punto de hacerles caso. ¿Y si la quietud inhumana de aquel lugar no era más que una trampa? ¿Dónde estaba el famoso tesoro? ¿Y si todas las leyendas no eran más que eso y habían hecho aquel viaje para nada?

—Vamos por aquí —le susurró Félix a su gemelo, apretando con más fuerza el cuchillo.

David asintió, pero a los pocos pasos tuvo que detenerse. De repente, la oscuridad parecía hablarle. Una palabra. Un murmullo lejano de ultratumba. Una voz hecha de dolor que le provocó un escalofrío.

«Daaaviiid...».

Félix atravesó las sombras y, tras abandonar una sala en cuyos techos de madera brillaban cientos de estrellas de oro, salió a un enorme patio rectangular lleno de columnas de mármol.

Y entonces se detuvo de golpe.

Lo primero que vio fue el cadáver de un hombre encadenado a una de las columnas. La lluvia golpeaba con fuerza su piel

pálida, mortalmente blanquecina. El estómago de Félix se encogió de miedo y asco. Aunque no era el primer muerto que veía, el cuerpo de aquel hombre estaba en un avanzado estado de descomposición, con las cuencas de los ojos vacías, la piel reseca y los huesos del rostro muy marcados. El niño tragó saliva, intentando luchar contra las ganas de vomitar, pero cuando levantó la vista para seguir avanzando, todo empeoró.

Había muchas columnas en aquel espacio abierto, y en todas y cada una de ellas había un cadáver encadenado; hombres, mujeres y niños cuyos cuerpos putrefactos hacían que, a pesar del frescor de la lluvia, el aire fuera irrespirable.

«Daaaviid...».

Félix quería salir corriendo, pero no podía hacerlo; no cuando habían llegado tan lejos, no cuando Frasquita se estaba muriendo. Se tapó la nariz con una mano y, con las piernas temblando, avanzó bajo la lluvia hasta llegar a la fuente de mármol que reinaba en el centro del patio.

Doce surtidores en forma de león sostenían una pila de gran tamaño llena de un líquido espeso y oscuro que solo podía ser sangre. Brotaba de la boca de los leones convertida en hilos de oscuridad, y el niño no pudo evitar preguntarse si esta pertenecería a todos esos cuerpos que convertían aquel lugar en un cementerio.

—Félix, vámonos —murmuró David, acercándose a su gemelo. Por primera vez en toda la noche, parecía mucho más pequeño de lo que en realidad era—. Por favor.

Félix, sin embargo, no le respondió. Se había quedado mirando la sangre de la fuente, como hipnotizado, porque se había dado cuenta de que la superficie del líquido rojo permanecía lisa, como si las gotas de lluvia no pudieran alcanzarla.

Alzó la cabeza para mirar los soles en miniatura que flotaban sobre sus cabezas, y entonces entendió de golpe por qué la lluvia no apagaba su fuego: porque lo que estaban viendo no era real, sino una ilusión provocada por Tzadi. El Arlequín.

«Tzadi es como un hechicero,
y con su magia hace realidad tus más profundos miedos».

Félix giró sobre sí mismo justo cuando las sombras de la noche tomaron forma. Se convirtieron en seis demonios encapuchados que tardaron solo un segundo en rodearlos; dos frente a ellos, dos a los lados, dos detrás.

David gritó y Félix se apresuró a cogerle la mano. De pronto olvidó todas las advertencias que le habían hecho tanto Dancaire como sus padres y, desesperado, llamó a su poder. Sin embargo, se había puesto tan nervioso que solo fue capaz de transportarse dos centímetros hacia la izquierda. Ni siquiera el brillo dorado de sus tatuajes pudo permanecer en su piel.

—Menuda sorpresa —dijo uno de los demonios a su espalda, con una voz grave y profunda como un abismo, al darse cuenta de lo que había intentado hacer.

El que tenían a la derecha chasqueó los dedos y tanto la lluvia como los cadáveres que hasta hacía un momento llenaban el patio desaparecieron. El lugar se quedó vacío, seco, el silencio roto únicamente por la sangre que manaba de la fuente.

—¿Por qué estáis aquí? —les preguntó uno de los demonios que estaba frente a ellos. Su voz era como el fuego: áspera e hipnótica, letal y peligrosa.

Félix apretó los dientes y alzó la cabeza para mirar al demonio, pero enseguida se arrepintió de haberlo hecho. La capucha de tela le cubría medio rostro, aunque dejaba ver su ojo izquierdo, rojo y brillante como si en su interior ardieran las llamas del Infierno. El derecho, parecía oculto tras un parche. El valor que Félix había creído tener hasta ese momento se esfumó de golpe porque sabía perfectamente quién era: Yud, el Escamillo.

«Yud no tiene poder,
dicen que se lo quitó Luzbel».

El corazón de Félix comenzó a latir a toda velocidad. Desesperado, intentó transportarse otra vez, pero de nuevo solo consiguió desplazarse unos pasos.

—Dejad que mi hermano se marche —suplicó el niño—. Por favor. La idea de venir ha sido mía. ¡Él no tiene una gracia!

El Escamillo entornó su ojo visible y, tras unos segundos de silencio, miró al resto de demonios. Félix y David no se atrevieron a hacer lo mismo. Los seis señores del Infierno los rodeaban; el más peligroso de todos estaba frente a ellos.

Y le estaban mintiendo.

—¿Qué dices, Yud? —preguntó uno de los demonios que tenían detrás—. ¿Dejamos que el inútil se vaya?

El Escamillo se quitó la capucha y la luz de los soles flotantes iluminó por fin su rostro completo. Aunque sus rasgos eran humanos, hermosos como si hubieran sido esculpidos en mármol, Félix y David temblaron cuando vieron que unos tatuajes negros se deslizaban por la piel pálida de su cuello, trepando como salvas enredaderas hasta el mentón.

—¿Por qué estáis aquí? —repitió Yud, esta vez separando cada palabra con un silencio—. Si nos dais una respuesta satisfactoria, quizá tengamos clemencia.

—No queríamos molestar —dijo David llorando—. Solo estábamos jugando.

—No pensábamos tocar nada —añadió Félix.

Yud ladeó la cabeza, observándolos con atención. Dio un paso hacia Félix. El mundo entero dejó de girar para David en ese preciso instante. El miedo que le invadió el cuerpo al ver a su hermano en peligro lo paralizó. De repente se sintió muy pequeño frente a seis gigantes Goliats, como un insecto que ve cernirse sobre sí el pico de un pájaro hambriento.

—Solo escucho tonterías saliendo de vuestra boca —les dijo el demonio con su voz de fuego—. Os he preguntado *por qué* estáis aquí y estoy empezando a perder la paciencia.

—El tesoro —murmuró David, aterrado, incapaz de mirarlo a la cara—. Estábamos buscando el tesoro.

—El tesoro —repitió el Escamillo. Miró al demonio encapuchado que tenía a su izquierda y le hizo un gesto con la cabeza—. Shin, ¿qué opinas?

«Shin es el rey de las tormentas,
que tenga cuidado quien mienta».

—Dice la verdad —le respondió este, sin moverse del sitio, con una voz grave y gutural—. Pero no *toda* la verdad.

David, asustado, decidió seguir buscando la compasión del monstruo. No quería que los llevaran a la Plaza. No quería que los mataran.

—¡Solo queríamos salvar a nuestra amiga Frasquita! —exclamó. Los ojos se le llenaron de lágrimas y empezaron a temblarle las manos—. ¡Está muy enferma!

Yud entornó los ojos y estudió con atención a los niños. Los tatuajes le acariciaban la piel del cuello como tentáculos hechos de oscuridad; un negro intenso sobre el blanco más puro.

—Así que habéis venido hasta aquí por amor —les dijo el demonio, casi acusándolos de cometer un crimen.

David asintió con efusividad, creyendo que la nobleza del sentimiento los salvaría; pero Félix, mucho más desconfiado, supo enseguida que el Escamillo les estaba tendiendo una trampa. Y no podían hacer nada para escapar de ella.

—¿Amor? —preguntó Tzadi, situado a su izquierda, mientras se quitaba la capucha y daba un paso al frente. Tenía la belleza delicada de los ángeles caídos, con un aro de plata decorándole la aleta derecha de la nariz y unos tatuajes en forma de máscara arremolinándose alrededor de los ojos—. El amor es una aberración propia de los ángeles.

Escupió en el suelo tras decir la palabra *ángeles* y Félix sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Le habían visto usar su gra-

cia y, tal y como le habían advertido tantas veces, iban a matarlo. Los demonios jamás perdonaban a los ángeles. Los demonios *no toleraban* la existencia de los ángeles.

—Por favor —rogó Félix—. No nos llevéis a la Plaza. Por favor.

—No volveremos a entrar aquí —añadió su hermano—. ¡Lo juro!

Yud guardó silencio y, durante un segundo, durante un fugaz y esperanzador segundo, los hermanos pensaron que los matadores iban a dejarlos marchar. Algo en el gesto del Escamillo, un destello en su ojo visible, les hizo creer que aquellas criaturas infernales también tenían sentimientos, que sabían lo que era la piedad.

Pero se equivocaban.

—Por favor —gimoteó de nuevo David—. No nos llevéis a la Pla...

—No os vamos a llevar a la Plaza —le cortó Yud—, pero tenemos que extirpar ese *amor* que tenéis dentro para impedir que sigáis dando problemas.

—¡No! —gritó Félix.

Yud lo empujó con desprecio y, cuando Shin lo sujetó por los hombros, le arrancó el corazón del pecho. Los lamentos desesperados de Félix llenaron todos y cada uno de los oscuros rincones de la Alhambra, cuyas antiquísimas paredes parecieron gritar con él.

—Esto es lo que les pasa a aquellos que traicionan las leyes de Luzbel —dijo el Escamillo, con rabia, tirando el corazón al suelo.

David boqueó con los ojos muy abiertos y, a los pocos segundos, se desplomó a los pies del matador. Solo cuando se aseguró de que David estaba muerto, Yud se giró para mirar a Félix, aún sujeto por los fuertes brazos de Shin.

—¿Desde cuándo tenéis esas gracias? —le preguntó Yud.

Félix, con la cara empapada en lágrimas, tembló. Estaba tan pálido que su rostro parecía el de un fantasma.

—Desde siempre. Na... nacimos así.

La respuesta no pareció complacer al Escamillo, porque frunció el ceño y se giró hacia Shin.

—Dice la verdad —sentenció este.

Yud asintió y volvió a mirar al niño.

—¿De dónde venís?

—Por favor...

—¿De dónde?

Félix sabía que, si mentía, los matadores lo sabrían. Sin embargo, no podía decirles la verdad. No podía llevarlos hasta Dancaire y Frasquita.

—De una de las taifas del mar —dijo, sin pensarlo—. De la de Huelva.

—Mentira —exclamó Shin al instante, como si pudiera oler el engaño de Félix—. Vienen de la de Córdoba.

El niño tragó saliva y, cuando Yud le fulminó con la mirada, sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía.

—¿Quién os ha dicho que aquí hay un *tesoro*? —inquirió el demonio.

—Nadie.

—Miente otra vez —murmuró Shin con su voz gutural.

—¡Es una leyenda! —exclamó Félix, desesperado—. ¡Un cuento! Por favor...

—¡Ah, un cuento! —le interrumpió el Arlequín—. Me encantan esas estúpidas historias que inventáis los hijos de Adán.

—Cállate, Tzadi —gruñó Yud—. ¿Qué clase de cuento?

Félix contuvo el aliento, asustado. Los miembros de la Corte del Infierno vivían en el palacio de Dar al-Horra, en Granada, y solo salían en contadas y raras ocasiones. No sabían lo que ocurría en las calles, lo que la gente decía de ellos. Ni siquiera los caciques, jefes de las taifas, solían ser dignos de su trato. Para los demonios, los hijos de Adán eran seres inferiores, meros siervos, y en diez años no se habían molestado en acercarse a ellos ni para hacerles daño.

Félix sabía que cuanto más les contara, más tiempo permanecería con vida. Así que comenzó a hablar.

—Desde hace años se... se rumorea que aquí hay un tesoro tan valioso que merece la pena estar maldito el resto de tu vida por encontrarlo —les dijo, aún temblando—. Se rumorea que la Alhambra es... es una fortaleza que esconde una riqueza sin igual, y que los señores del Infierno se encargan de custodiarla. Que solo alguien con un poder similar al suyo podría entrar y salir con vida. El... el Tesoro de los Ángeles, lo llaman.

Félix pensaba que los matadores se burlarían de él, pero sus palabras cayeron como una losa entre los demonios. Todos ellos se pusieron muy tensos y, durante unos instantes, el único sonido que se escuchó fue el de la sangre que escupían los leones de la fuente. Félix pensó que sus palabras habían asustado a los soldados del Averno, pero lo que habían hecho era enfurecerlos.

Antes de que pudiera decir nada más, Yud apretó la mandíbula y, con mucha rabia, arrancó el corazón del niño, provocándole un dolor tan intenso como liberador. Al contrario que el de su hermano, el cuerpo de Félix tardó unos segundos en darse cuenta de que su pecho estaba vacío, de que ya no había un motor que bombeara su sangre. Cuando Shin lo soltó, su corazón aún latía en la mano del Escamillo, aferrándose inútilmente a la vida.

—Tenía las marcas de los ángeles en la piel —gruñó Tzadi, con un visible desagrado—. ¡Tenía las marcas de los malditos ángeles!

Yud estrujó el corazón de Félix y después apretó los dientes. Había visto las marcas; claro que las había visto. El Tesoro de los Ángeles. Luzbel les había dado unas órdenes muy claras y tenían que cumplirlas. Yud, por encima de todos los demás, tenía que hacerlo.

—Estos niños fueron bendecidos con gracias —explicó—. Conociendo a los ángeles, estoy seguro de que hay más. Muchos más.

—Tenemos que encontrarlos —dijo uno de los demonios que, hasta el momento, había permanecido en silencio. Su voz sonó lejana, como si viniera de todas partes y de ninguna a la vez.

—Sí, Vav —le respondió Yud, bajando la vista para mirar la sangre que le mojaba las manos—. Tenemos que encontrarlos y acabar con ellos.

—¿Crees que...?

Yud alzó la mano y, como si no quisiera que las paredes del palacio maldito los escucharan, le indicó que guardara silencio. Sabía qué era lo que iba a preguntarle, y tenía la respuesta preparada.

—No podemos permitir que los mortales descubran lo que hay en la Alhambra.

Los seis señores del Infierno guardaron un tenso silencio. Ninguno se atrevía a decirlo en voz alta, pero todos ellos sabían que si los humanos descubrían lo que estaban escondiendo en aquel palacio, el reinado de Luzbel podría acabar para siempre.

—Vamos a ir a por a todos esos hijos de los ángeles —sentenció Yud—. Empezaremos a buscarlos en el lugar del que han salido estos dos: la taifa de Córdoba.

Y con esas palabras, sellaron el destino del mundo.

EXPULSIÓN 2:7-8

7. Luzbel, en el huerto celestial estuviste, de toda piedra preciosa era tu vestidura:

zafiro, esmeralda y oro; los primores de tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación.

Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, y perfecto fuiste incluso cuando te acusaron de maldad.

8. El Traidor castigó a los ángeles que se rebelaron, arrojándolos al Infierno y entregándolos a prisiones de oscuridad, pero estos no pronunciaron jamás juicio de maldición, ni dejaron atrás el camino recto.

*«La Expulsión de Luzbel» según las Escrituras
de la Iglesia de los Renegados*

1

Sevilla, veinte años después de la Caída del Cielo

Antes de la Caída del Cielo, cuando los demonios no gobernaban la Tierra, las plazas de tortura se llamaban plazas de toros. A pesar de que la llegada de las huestes de Luzbel lo había cambiado todo, seguían siendo recintos majestuosos, inmensos anfiteatros de sangre y albero, el ejemplo perfecto de lo bien que casaban la belleza y la muerte.

Solo en aquellos lugares, lo que para unos era una fiesta para otros era un martirio. La forma de vivirlo dependía de la posición que ocuparas en la sociedad; para los poderosos, los castigos en las plazas eran toda una celebración; para los que teníamos que luchar a diario contra el hambre, los gritos del público sediento de sangre eran aterradores. Como yo estaba en lo más bajo de la sociedad, la única forma que tenía de acceder a la Plaza era como condenada. O camuflándome entre las sombras.

Si en nuestro mundo siguiera brillando la luna, estaba segura de que esa noche estaría llena, tiñéndolo todo de plata. Sin embargo, como todo lo que era bello y radiante, el astro nocturno había desaparecido tras el exterminio de los ángeles. De día, el cielo estaba cubierto por un velo, como si estuviera de luto, y su azul había

sido sustituido por un gris opaco que siempre auguraba tormenta. De noche, la oscuridad más aterradora se tragaba cualquier resquicio de luz.

Por eso, la Plaza de Sevilla estaba iluminada con bolas de fuego. No era un fuego normal, sino uno que brillaba incandescente como traído del mismísimo Averno; redondo, hermoso, atrayente; antorchas que flotaban por encima de nuestras cabezas como pequeños soles, creando un bello espectáculo de luces y sombras que solo podía ser obra de un señor del Infierno.

—Los matadores están aquí —susurré, mirando las brillantes bolas de fuego—. Perfecto.

Comencé a caminar por los tejados que cubrían las gradas superiores de la Plaza, sostenidos por una sucesión de arcos que arropaban la parte más alta de los tendidos, sin acercarme a las zonas donde había más luz. Si alguien alzaba la vista, se daría cuenta de que había una figura que se movía con el sigilo de un ladrón. Sin embargo, como todos los allí presentes estaban ansiosos por ver lo que iba a ocurrir en el ruedo, y no sobre sus cabezas, dudaba que alguien lo hiciera. Los poderosos se creían tan intocables que ni teniéndonos delante de sus narices eran capaces de vernos. Para ellos éramos invisibles, y eso nos daba poder.

Corrí durante unos segundos y después me agaché y esperé. Mientras, oía los murmullos del público. El corazón me latía a toda velocidad, pero no era por el miedo, sino por la rabia. Podía notar la ira palpitándome bajo la piel, quemándome las entrañas. Iba vestida como un muchacho y llevaba sujetas al cinturón las dos dagas kinjaras que me había regalado Dancaire. Sus filos eran de oro y sus empuñaduras parecían hechas de azulejos, con figuras de colores que se entrelazaban formando estrellas de ocho puntas. Azul, amarillo, blanco, verde y rojo; aquellas armas destinadas a matar estaban ornamentadas con la misma elegancia que el más fino de los alicatados, con el mismo gusto con el que habían decorado sus palacios los reyes del pasado.

Aunque eran muy ligeras, perfectas para ser lanzadas, usarlas en aquel momento habría sido una locura. En nuestro mundo, morir no solo significaba el final de la vida, sino también que, al no existir ya el Cielo, nuestras almas iban directas al Infierno. Como aún no estaba preparada para pasar allí la eternidad, me limité a observar.

En las gradas que no cubrían los tejados estaban sentados los humanos que, tras la Caída del Cielo, habían ocupado los mejores puestos de la sociedad. Los delatores, los que habían colaborado con los demonios. Encajes, sedas, satenes, terciopelos y joyas, sus ricas vestimentas solo mostraban una parte muy pequeña de toda su riqueza, un resquicio de los lujos a los que los menos afortunados no teníamos acceso. Entre ellos estaban los caciques, dueños y señores de las taifas, sus soldados y familias. Las mujeres llevaban una peineta de gran tamaño en la cabeza y, sobre ella, una fina mantilla de blonda negra que les llegaba hasta los codos, lo que las convertía en blancos muy fáciles de atacar.

Casi sin darme cuenta, mis ojos se posaron en el perfil de un hombre moreno de mediana edad, vestido con una levita negra, barba bien recortada y el porte de un noble. No tuve que esperar a que girara la cabeza para reconocerlo: era Antonio de Oria y Velasco, duque de Punta Umbría y cacique de Sevilla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó a su joven esposa, Julia, que estaba sentada a su lado. Desde donde estaba no podía escucharlo, pero cuando te dedicas a robar desde niña aprendes muy rápido a leer los labios—. ¿Estás asustada?

Julia giró la cabeza hacia él y se encogió de hombros. Las bolas de fuego que flotaban en el aire hicieron destellar el bonito collar de esmeraldas que llevaba en torno al cuello. Mi mente de ladrona solo pudo pensar en la forma de robárselo sin que se diera cuenta.

Antonio se inclinó para depositar un beso en los labios de su esposa y yo arrugué la nariz. ¿Qué pensaría Julia si supiera lo que su marido hacía con mi prima Candela cuando caía la no-

che? Supuse que se escandalizaría, y no porque estuviera enamorada de él, sino porque la estaba engañando con alguien inferior, con una simple cigarrera de la Fábrica. Eso jamás podría perdonárselo.

—No tengas miedo —le dijo Antonio, mirándola a los ojos—. Esto nos beneficia, querida. No lo olvides.

Me tragué las ganas de lanzarle una daga y continué examinando la Plaza con la mirada. Justo frente a mí, al otro lado del ruedo, estaban los palcos, las gradas reservadas para los demonios. La mayoría eran soldados —el famoso regimiento de dragones de Luzbel—, todos con unos rostros aterradores y perfectos, los ojos rojos como la sangre y la piel llena de tatuajes. En Sevilla no estábamos acostumbrados a verlos, pero Dancaire nos había explicado cientos de veces que las vetas negras de sus cuerpos eran un símbolo de estatus.

—Si solo tienen tatuajes en las manos son simples soldados rasos —nos decía—, y lo único que pueden hacer es transportarse con la oscuridad. Si los tienen incluso en la cara significa que son señores del Infierno. Y su posición va acorde con su poder.

—¿Y qué significa ser un señor del Infierno? —le preguntaba una curiosa Carmen de diez años—. ¿Es como ser un príncipe?

—Algo así —nos explicaba él—. Se los llama de muchas formas: señores, príncipes, caídos, matadores... Pero, al final, es lo mismo. Ellos fueron los primeros ángeles que apoyaron a Luzbel en su rebelión contra la jerarquía del Cielo. Cuando esta salió mal y el Creador encerró a los rebeldes en el Infierno, arrancándoles las alas y convirtiéndolos en demonios, Luzbel los hizo señores en su Corte. A mayor posición, más poder, más tatuajes y, sobre todo, más maldad.

Entorné los ojos y, apretando los puños con fuerza, alcé la vista para observar el Palco Real. Allí, tras la elegante balaustrada blanca, estaba sentado Luzbel, el rey del Infierno. Llevaba días escuchando los rumores en las calles, en la Fábrica, en la taberna; pero no había querido creerlos. Hasta ese momento.

Nunca había visto el rostro de Luzbel, pues el rey de los demonios había pasado de no salir nunca de la taifa de Granada a estar una década encerrado en la de Córdoba. No me sorprendió descubrir que parecía tan humano como el resto de demonios. Vestido con una capa de plumas negras, tenía el pelo revuelto y tan rubio que casi parecía blanco. Su rostro fino y de ángulos marcados estaba plagado de tatuajes, tantos que casi cubrían por completo la palidez de su piel. Sobre la cabeza, llevaba una brillante y fina corona negra que simulaba los largos y enredados cuernos de un carnero.

—Encantada de conoceros, majestad —susurré, como si pudiera escucharme, impregnando mis palabras con hiel—. Llevo mucho tiempo esperándoos.

A su alrededor estaban sentados cinco de los seis señores del Infierno. Todos ellos iban vestidos con trajes de negro y plata y conversaban entre ellos, probablemente sobre lo divertida que iba a ser la brutalidad que estaban a punto de presenciar. ¿De qué podían hablar si no unas criaturas hechas de la más pura perversión?

Como tampoco había visto nunca a los matadores, los observé a todos con curiosidad. Los cinco tenían una belleza intimidante y sobrehumana, un poder inigualable. Al contrario que los dragones, que solo podían transportarse de un lado a otro, los señores del Infierno también podían provocar dolor, modificar la realidad a su antojo, poseer cuerpos. Sus nombres se repetían una y otra vez en las canciones populares y los cánticos de la Iglesia. Tzadi, Nuun, Vav, Resh y Shin. No sabía quién era cada cual, pero sí que faltaba uno, el que tenía un parche cubriéndole el ojo derecho: Yud, el Escamillo; el señor del Infierno por el que me había arriesgado a ir hasta allí.

—¿Dónde estás? —le pregunté al aire, buscándolo.

De repente, el público guardó silencio y todos mis sentidos se pusieron alerta. El ambiente cambió, cubriéndose con un manto de cruel expectación, y supe que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Unos dedos invisibles me estrujaron el estómago y

apreté los dientes con mucha fuerza. La salida al ruedo del matador era inminente.

—Vamos, Yud —dije, la emoción recorriéndome el cuerpo como una potente descarga eléctrica.

Sin embargo, quien salió a la Plaza desde detrás de la barrera no fue un demonio, sino un hombre: Balthasar, el Apóstata, líder de la Iglesia de los Renegados. Llevaba puesta la túnica roja de los religiosos, lujosa como solo puede serlo una prenda comprada con el diezmo que quienes teníamos menos suerte estábamos obligados a pagar. Nadie sabía cuántos años tenía —podrían haber sido tanto cuarenta como seiscientos—, pero su mirada azul dejaba claro que, en su interior, había algo mucho más antiguo que un alma; algo no del todo humano. Y era aterrador.

—Taifa de Sevilla —exclamó, alzando las manos, con su voz grave y rugosa. Todos en el público, tanto mortales como demonios, se pusieron en pie y agacharon la cabeza en señal de sumisión. Yo fui la única que la mantuvo bien alta—. Esta noche tenemos el honor de contar entre nosotros con la presencia del mismísimo Luzbel, Rey del Cielo y el Infierno, Señor de la Oscuridad y protector de nuestras almas, aquel que no es traidor. *In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi*.

—*In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi* —repitió la multitud.

Luzbel inclinó la cabeza a modo de saludo, aunque ni él ni sus matadores se movieron de sus asientos. Cerré los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas. Los odiaba, los odiaba tanto que quería gritar. Si hubiera podido matarlos en aquel mismo momento, lo habría hecho sin dudarlos.

Pero los demonios no podían morir.

—Esta noche —continuó Balthasar tras inclinarse ante el rey—, nuestras almas van a presenciar un espectáculo bello y enriquecedor, un castigo que encarna el verdadero espíritu de la justicia, el único pago que merece la perfidia. Esta noche, el devoto Óliver López será sacrificado en honor de nuestro rey para conde-

nar la depravación de sus actos impuros. El estoque lo empuñará uno de los seis señores del Infierno: Yud, el Escamillo. Gloria a él.

Los latidos de mi corazón se aceleraron de golpe. Llevaba diez años esperando ese momento, queriendo ponerle rostro al nombre que me había destrozado la vida, levantándome cada mañana con la única esperanza de poder encontrarlo algún día. Llevaba diez años preparándome para hacer pagar a Yud por sus pecados.

—¡Gloria para Yud el Escamillo! —gritó alguien desde el público.

—¡Gloria a él! —le respondieron a coro.

Su entusiasmo me revolvió el estómago. Podía entender que los demonios corearan a uno de sus señores del Infierno, pero ¿los humanos? ¿Cómo de privilegiado tenías que ser para sentirte más cerca de las tropas demoníacas que de tus semejantes?

Balthasar abandonó el ruedo para volver a su asiento y, tras unos segundos de incertidumbre y algún que otro murmullo, el Escamillo apareció en mitad de la Plaza. Surgió de la nada en un parpadeo, haciendo que el público rompiera en aplausos. Esta vez, incluso Luzbel y los matadores se levantaron para honrar su presencia, lo que hizo que titilara el fuego de las bolas flotantes que iluminaban la Plaza. Yo, por el contrario, me quedé muy quieta.

El Escamillo iba vestido con el característico traje de los matadores; seda azabache e intrincados bordados de plata, chaquetilla con alamares y hombreras sobre camisa, chaleco y corbatín; pantalones sujetos con tirantes, ajustados hasta la pantorrilla, y medias color sangre, todo decorado con pequeñas piedras argéneas que brillaban bajo el fuego sobrenatural que iluminaba la Plaza. Iba vestido de luces, pero estaba hecho de sombras. Yo lo sabía mejor que nadie.

En la cadera llevaba envainados dos afilados estoques de plata y, sobre el pelo oscuro peinado hacia atrás, la montera. Aunque desde mi posición no podía distinguir bien sus rasgos, su piel era blanca, como hecha de nácar, y los tatuajes en forma de enredaderas le acariciaban el cuello. El ojo derecho lo llevaba tapado con un

parche que cubría en parte la belleza de su rostro. Nadie sabía por qué lo llevaba, pero deseaba con todas mis fuerzas que fuera la consecuencia de un terrible sufrimiento.

Yud alzó las manos y la Plaza se sumió en un silencio sepulcral que encendió todas mis alarmas; el silencio previo a la muerte. Podía escucharse incluso el roce de la suela de los zapatos del matador contra el albero. Dejé de respirar porque sentí que todos los demonios de la Plaza podrían escuchar como el aire entraba y salía de mis pulmones. El público también contuvo el aliento, pero fue por un motivo diferente: el Escamillo se había quitado la montera y, llevándosela al pecho, se había inclinado ante su rey. Luzbel, la viva imagen de un poderoso capitán de barco, pareció complacido con el gesto de su marinero de luces y asintió con la cabeza. Al hacerlo, un rayo rompió el cielo y el trueno que vino después ensordeció el mundo.

—¡Que comience el espectáculo! —gritó Balthasar desde su asiento.

Yud volvió a colocarse la montera y desenvainó los estoques. Comenzó a darles vueltas con una elegante destreza, haciendo círculos con ellos como si los filos no fueran más que extensiones de sus propios brazos. Cada vez que se movía, el fuego de las antorchas arrancaba destellos a las piedras preciosas de su traje. Si hubiera podido matarlo, me habría resultado muy fácil convertir su espalda en una diana y hacerle caer de rodillas; pero era inútil incluso pensarlo.

Dos demonios lanzaron desde detrás del burladero a un chico joven vestido de blanco, haciendo que cayera contra el albero con un golpe sordo. Llevaba los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, el rostro deformado por los golpes, el pelo pajizo manchado de sangre.

—Óliver —le susurré en la distancia, como si pudiera mandarle fuerzas.

Óliver había sido uno de mis primeros amigos en Sevilla. Viíamos puerta con puerta, y gracias a la ayuda de su familia había

aprendido lo importante que era forjar alianzas con aquellos con quienes compartes sufrimiento. Juntos habíamos pasado de ser dos niños asustados a dos adolescentes sinvergüenzas. Yo había sido testigo de cómo él empezaba a coquetear con chicas, y él de cómo asesinaba yo la debilidad de mi niñez con las kinjaras en la mano.

—Carmencita, hay muy pocos demonios en Sevilla —me decía, esbozando esa sonrisa suya con la que pensaba que iba a comerse el mundo, cuando desafiaba las leyes de Luzbel.

—Pocos no significa ninguno —le contestaba yo.

Nunca le advertía por miedo, sino por sentido común. El Creador ya no existía, Luzbel lo había matado junto a todos sus ángeles, y estábamos completamente solos. Era una locura estar dispuesto a morir por una quimera, por una antigua fe que nos habían prohibido, por un Cielo que no podíamos recuperar.

—Levántate —le ordenó Yud. Su voz cargada de desprecio hizo eco en el silencio de la Plaza.

Óliver se puso de rodillas y, aun sin ser capaz de verlo sabía dónde estaba. Le suplicó:

—Por favor. —Me enfadó ver lo aturdido y asustado que estaba. Sabía que antes de soltarlo en la Plaza le habían torturado, y no quedaba en él nada del muchacho al que había conocido—. Juro que me arrepiento de todo, juro que...

—¡Levántate! —lo interrumpió el Escamillo, perdiendo la paciencia.

Óliver se puso en pie, temblando, pero al hacerlo le fallaron las piernas y volvió a caer. El público lo abucheó, disfrutando con su humillación, y yo me mordí la lengua con tanta fuerza que enseguida noté el sabor metálico de la sangre. Tenía que hacer algo. Tenía que detener aquel espectáculo.

Desenvainé una de mis kinjaras y, como siempre, sentí una descarga de energía subiéndome por el brazo. Casi podía sentir como el filo dorado de las dagas me llenaba de fuerza, llamándome a la batalla.

—Así que eres un devoto —escupió Yud, colocando la punta de uno de los estoques contra el pecho de Óliver. Su voz sonaba atronadora en aquel silencio sepulcral—. ¿Cómo puedes llorar por un creador que no fue capaz de salvar a las que decía que eran sus criaturas más amadas? ¿Cómo puedes tener fe en alguien que os traicionó y abandonó?

Óliver negó con la cabeza y casi pude sentir como la venda de sus ojos se empapaba de lágrimas. Solo era un niño asustado, un muchacho que se creía mucho más valiente de lo que era; y eso le había salido caro. Su irreverencia había terminado convirtiéndose en su sentencia de muerte.

—No —mintió Óliver, aterrado—. No es verdad, yo...

—Los dragones te escucharon blasfemar contra el rey —le cortó Yud, alzando la voz. Apreté la empuñadura de la daga con más fuerza. No podía acabar con el Escamillo pero sí con Óliver, y tenía que ser cuanto antes—. ¿Acaso no recitaste «Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él»?

—Lo siento —volvió a rogar Óliver—. No sabía lo que decía.

—Claro que lo sabías. Juan 8:44. ¿Crees que la antigua fe es desconocida para nosotros?

—Por favor —suplicó el muchacho—. No quiero morir.

Yud subió la punta del estoque y se la colocó al chico bajo la barbilla, obligándolo a levantar la cabeza.

—No quieres morir —repitió el Escamillo. Por un momento, por una milésima de segundo, me pareció que el tono del matador era compasivo, como si en vez de asco sintiera lástima por él. Por supuesto, solo fue una ilusión; los demonios no conocían la clemencia—. Bueno, podemos jugar a un juego. Lo único que tienes que hacer es correr. Si consigues esquivar mis estocadas, te dejaré vivir.

Alguien en el público silbó, emocionado, y yo apreté los dientes. «Mátalo, Carmen. ¡Vamos! —pensé—. No dejes que lo humillen así. No dejes que sufra. Es lo que él querría que hicieras».

Óliver, asustado, se levantó y comenzó a correr, haciendo volar la tierra del ruedo bajo sus pies. Luzbel, desde el palco, alzó con interés la cabeza.

Me dejé caer con destreza hasta el borde del tejado, quedándome en el lugar exacto en el que la luz de las bolas de fuego se encontraba con la oscuridad, y volví a convertirme en una estatua. Si avanzaba un solo centímetro me descubrirían, pero todo mi cuerpo me gritaba que actuara, que acabara con la vida de Óliver de una forma rápida y limpia, que le quitara ese placer a Yud. Podía escuchar la voz de Dancaire en la cabeza diciéndome que no hiciera ninguna estupidez, pero con el paso de los años me había vuelto una experta en ignorarlo.

El Escamillo desapareció y, en un latido, reapareció delante de Óliver, que había atravesado corriendo casi toda la superficie del ruedo. La luz era rápida, pero los demonios siempre nos demuestran que más lo era la oscuridad.

—¿Eso es lo máximo que vas a esforzarte por salvar tu vida? —le preguntó el matador, alzando el estoque. El público abucheó de nuevo—. Pensé que me habías dicho que *no* querías morir.

Levanté el brazo con rabia, dispuesta a lanzar la kinjara, pero justo en ese momento, Luzbel apartó la vista del espectáculo y me miró. A pesar de la oscuridad y la distancia, tuve la sensación de que sus ojos rojos se encontraban con los míos. Me quedé paralizada y la sangre comenzó a arderme dentro de las venas. Sin poder hacer nada para impedirlo, en mis brazos comenzaron a aparecer tatuajes dorados. La tinta de oro recorrió mi piel con elegancia y llenó de reflejos áureos mis brazos, mi pecho, mi vientre.

—¡No, mierda, ahora no! —gruñí en voz baja.

Envainé las kinjaras y sacudí los brazos con fuerza, pero lo único que conseguí fue que de la palma de las manos me brotaran dos pequeñas y delicadas flores blancas. Al verlas me desestabilicé y, si no hubiera sido porque en todos mis años de supervivencia había entrenado el equilibrio, me habría precipitado contra las gradas.

El rey del Infierno seguía mirando en mi dirección, con el ceño fruncido, y no dejó de hacerlo hasta que el público prorrumpió en aplausos. Tanto él como yo giramos la cabeza para mirar de nuevo hacia el ruedo y nos olvidamos de la existencia del otro.

—¡Uno! —gritó Balthasar.

Yud acababa de clavar el filo de plata de su estoque en la espalda de Óliver, y la punta del arma atravesaba empapada en sangre el pecho del chico. Mi amigo jadeaba, y yo sentí el mismo dolor que si me hubieran desgarrado a mí las entrañas, la misma impotencia de quien sabe que ya no puede hacer nada por salvar a un ser querido. Óliver, condenado a un asesinato consentido y jaleado, ya no tenía escapatoria. Yud había vuelto a salirse con la suya.

El público enloqueció, pidiendo más sangre, y yo, que solo quería gritar, que solo quería matarlos a todos, le di una patada a las tejas y retrocedí para volver a lo más profundo de la oscuridad. Tenía que marcharme antes de que Luzbel volviera a mirar en mi dirección y, esta vez, me demostrara de la forma más cruel y sanguinaria que sí me había visto.

Estrujé las flores que aún tenía en las manos y, sin ninguna lástima, las hice desaparecer. Ambas se convirtieron en polvo y, con ello, se borraron los tatuajes de oro de mi piel. Las flores eran un símbolo de los ángeles, una prueba de que había existido una época anterior a la Caída del Cielo. Y por ello eran peligrosas. Inútiles, pero peligrosas.

Me di la vuelta y la plaza entera abucheó de nuevo. Probablemente, Óliver había esquivado una de las estocadas del Escamillo.

—Vamos, pequeño —le susurré a Óliver—. Ya solo te queda uno y la muerte te salvará de la vida.

Me acerqué hasta la cañería por la que me había subido al tejado y, antes de descender por la fachada de la Plaza, me giré para lanzarle una última mirada al Escamillo. A pesar de la rabia que

sentía, del asco y del dolor, me alegraba de verlo allí. Llevaba media vida prometiéndome a mí misma que lo buscaría, pero al final había sido él quien había venido hasta mí.

Por fin, después de diez años, iba a poder llevar a cabo mi venganza.